

el género de la poesía gauchesca, incluido el *Martín Fierro* de José Hernández, el indio aparecía ante el gaucho también como bárbaro. Tardíamente insiste en el antiindigenismo el escritor peronista, Homero Guglielmini, quien en *Temas existenciales*, 1939, exalta la conquista del desierto tanto en Estados Unidos como en Argentina porque impone la raza blanca «civilizada y verdaderamente humana» a las fuerzas elementales y telúricas, entre las que se cuenta el componente negro y aborígen².

Pero contemporáneamente a esta ideología antiindigenista, surgieron nuevas reivindicaciones con orientaciones muy distintas entre sí. El romanticismo adoptó una actitud confusa con respecto al indio. El ecuatoriano Juan León Mera creó la novela indigenista con *Cumanda o un drama entre salvajes*, 1879; además de los *Poemas indianos*, *Melodías indígenas*, 1858, y *La Virgen del Sol*, 1861, sobre la ciudad de los incas. Mera contraponía la *sociedad civilizada* a la *belleza mitológica*, y exhortaba al lector en los comienzos de *Cumanda* a olvidarse de la sociedad civilizada si quería interesarse por las esencias de la naturaleza y las costumbres de los hijos de la selva, aunque su punto de vista seguía siendo español y católico.

Con el esteticismo y el decadentismo literario y artístico surge una nueva actitud. Rubén Darío, mestizo y a la vez tan afrancesado, y el movimiento de los modernistas, descubrieron al indio siguiendo la moda europea de búsqueda de lo exótico, de lo primitivo. En la evocación idealizada de las civilizaciones arcaicas, rasgo peculiar del modernismo latinoamericano, no podían faltar los imperios inca y azteca al lado de la Grecia clásica, la Edad Media, el imperio bizantino o la España barroca; mezclados con las ninfas, los dioses griegos y las princesas chinas, aparecen los emperadores indígenas. En el poema que dedica a Teodoro Roosevelt, Rubén Darío proclama a la «América ingenua que tiene sangre indígena». En el prefacio de sus *Prosas profanas* se justifica:

¡Qué queréis! Yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un Presidente de República no podré saludarle en el idioma en que te cantaré a ti... ¡Oh Halagabal! de cuya corte —oro, seda, mármol— me acuerdo en sueños... Si hay poesía en nuestra América ella está en las cosas viejas: en Palenque y Uxatlán, en el indio legendario y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, Walt Whitman.

Una corriente literaria opuesta al decadentismo, la novela regional o naturalista de tendencia social, coincidía no obstante con los modernistas en la reivindicación del indio. La precursora fue *Ave sin nido*, 1889, de la peruana Clorinda Matto de Turner, influida por Marmontel y Chateaubriand, a la que siguieron *El indio* del mexicano Gregorio López Fuentes; *Huasipungo*, 1934, del ecuatoriano Jorge Icaza; *El mundo es ancho y ajeno*, 1941 del peruano Ciro Alegría; *Matalaché* del peruano López Albújar; *Yawar Fiesta*, 1941; *Los ríos profundos*, 1958, y *Todas las sangres*, 1964, del peruano José María Arguedas.

El indigenismo no solamente tuvo sus abogados entre poetas y novelistas, sino también entre sociólogos y filósofos. Aquí se dio una combinación de elementos: por una

² Una clasificación de estas corrientes puede verse en Martín S. Statt: *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano 1900-1960*, Caracas, Monte Avila, 1969.

parte el auge en la Europa del 1900 de las nuevas corrientes irracionistas y vitalistas contrarias al científicismo y al positivismo, lleva a algunos autores latinoamericanos a oponerse a las interpretaciones de los positivistas. Por otra parte, el surgimiento del nacionalismo como reacción xenófoba ante las nuevas oleadas inmigratorias llevó a rehabilitar al indio contrapuesto al «gringo» invasor. Uno de los primeros nacionalistas argentinos, Ricardo Rojas, hostile a los inmigrantes, incluidos los judíos, se las arreglaba para sintetizar como fundamento de la nacionalidad argentina a los españoles y a los indios. En *Blasón de Plata*, 1912, y en *Eurindia*, 1924, trató de hacer de la historia argentina una cosmogonía, a partir de orígenes legendarios, de las profecías de los magos indígenas, del testamento incaico, del himno aohua. Bernardo Canal Feijoo en *Mitos perdidos*, 1938, *Burla, credo y culpa en la creación anónima*, 1952, y *Confines de Occidente*, 1954, continúa la tarea de Rojas de rescatar la cultura india.

El indigenismo arraigó, como era de esperar, en los países con mayor población aborígena. Donde hubo grandes imperios, como en Perú, se da un caso muy peculiar de un hispanista católico y hasta fascista como el historiador Riva Agüero, quien rescata el indigenismo desde el plano de la aristocracia, y hace la apología de Garcilaso como descendiente de los príncipes incas.

Cabe citar entre los ideólogos del indigenismo, a los bolivianos Franz Tamayo, *La creación de una pedagogía nacional*, 1918; y Guillermo Francovich Pachamama, *Diálogo sobre el porvenir de la cultura en Bolivia*, 1942; los peruanos Manuel González Prada, *Nuestros indios*, 1924; Antenor Orrego, *El pueblo continente*, 1939; Luis Valcárcel, *Tempestad en los Andes*, y sobre todo, el mexicano José Vasconcelos, *La raza cósmica* (1925) e *Indología* (1926).

Al mismo tiempo se crearon organizaciones proindígenas en el Perú, el Comité de Derecho Indígena Tahuantisuyo, 1921, el Grupo Resurgimiento, 1927. La revista *Amauta* fundada por José Carlos Mariategui, introdujo en sus páginas ideas indigenistas. En 1921, un congreso nacional de estudiantes peruanos reunidos en el Cuzco, decidió fundar «universidades populares» para exigir entre otras reivindicaciones la defensa de los derechos de los indios.

En la segunda postguerra y a remolque de los movimientos populistas y tercermundistas, surge una nueva generación de escritores indigenistas con los bolivianos Fernando Díaz de Medina, *Thunupa*, 1947, *Sariri*, 1954, *Fantasia Coral*, 1958; y el ya citado, como novelista, José María Arguedas, *Razón de ser del indigenismo en el Perú*, *Forma de una cultura nacional indoamericana*; y el argentino Rodolfo Kusch, *América profunda*, *El pensamiento indígena americano*, 1972; *Indios, porteños y dioses*. Los regímenes nacionalistas y populistas que abundaron en América Latina a partir de los años treinta y, especialmente, después de la segunda guerra mundial, usaron con frecuencia al indio como un elemento significativo en la construcción de una supuesta «identidad nacional» y en oposición al europeísmo y occidentalismo. Tales el aprismo peruano, los regímenes de Cárdenas y Echeverría en México, de Torrijos en Panamá o el Movimiento Nacional Revolucionario Boliviano que fundó una universidad india,

Tupac Katari o la dictadura del general Velazco Alvarado en Perú quien oficializó la lengua quechua y usó para su propaganda una simbología extraída del pasado indígena (Plan Inca, Plan de Gobierno Tupac Amaru). Aun políticos no populistas como Belaúnde Terry en su campaña presidencial adulaba a los pueblos de las sierras, alabando los grandes logros de los incas. En Bolivia, el Primer Congreso Nacional Indígena, convocado por el propio gobierno en 1945, provocó agitaciones en el Altiplano, levantamientos en Ayopaya, La Paz, Cochabamba y Potosí, que fueron sangrientamente reprimidos.

Como suele ocurrir con las posiciones radicales siempre surge en su seno un grupo que las considera insuficientemente radicales. Así del indigenismo, encabezado hasta entonces por intelectuales blancos, emerge en la década del setenta el indianismo más extremista. Su líder, el boliviano Fausto Reinaga, inspirado, en parte, en el movimiento *Black power* de los Estados Unidos, preconiza la «revolución india», la lucha de razas entre indios y blancos, la toma de conciencia de la *indianidad* para llegar al *poder indio*. Sus escritos son de un fanático racismo antiblanco sólo equiparable al más extremo racismo blanco. En 1970 lanzó el Partido Indio de Bolivia y firmó en Tiwanaka, el manifiesto del partido que aunque fracasara no dejó de ejercer influencia en movimientos indios extremistas como el MITKA (Movimiento Indio Tupac Katari) o el MIP (Movimiento Indio Peruano) que retoma los temas andinos del Tawantisyu, del socialismo incaico.

Aunque estas agrupaciones fueron muy minoritarias y tuvieron poca repercusión, la ideología del indianismo prendió en otros movimientos más amplios. En el congreso de Ollantaytambo, en Perú, 1980, la mayoría de los delegados proclamaron el indianismo como base ideológica de toda acción política: «Reafirmamos el indianismo como categoría central de nuestra ideología porque su filosofía vitalista propugna la autodeterminación, la autonomía y la autogestión socioeconómica y política de nuestros pueblos, y porque es la única alternativa de vida para el mundo actual en total estado de crisis moral, económica, social y política». (Conclusiones del Primer Congreso de Movimientos Indios de América del Sur, 1980). De este texto se desprende una profecía apocalíptica según la cual el indio se adjudica la misión redentora de salvar a la humanidad.

Estos movimientos mesiánicos demasiado utópicos no lograron, por cierto, transformar al mundo, pero ni siquiera consiguieron dar a los indios el sentimiento de identidad perdida; esta función estaba destinada a los movimientos sectarios religiosos paradójicamente procedentes del extranjero, en especial de Estados Unidos. La Iglesia Católica estaba demasiado identificada con la conquista y con el poder de los blancos, y el lugar de la religión quedó, por lo tanto, vacante para los protestantes, y entre ellos predomina la secta de los pentecostales que constituye el 90% de los protestantes en América Latina y arraigaron entre muchos tribus indígenas en Chile, en Brasil y en Argentina³. Existen en esta secta, la más irracional y delirante de todas, elementos que armonizan bien con las religiones tradicionales indígenas, por ejemplo,

³ Véase Elmer S. Miller: Los tobas argentinos. Armonía y disonancia en una sociedad, México, Siglo XXI, 1979.